

LA RUTA TURÍSTICA DEL DUERO EN LA POESÍA ESPAÑOLA

Por J. Salvador y Conde

1. EL RÍO Y LA VIDA

Sobre todo en la Edad Media, la palabra río iba asociada al concepto de dificultad y peligro. De ahí dos refranes que aún se pueden escuchar en nuestra patria: «Pasado el río, es olvidado el santo», indicando el peligro del río y la ingratitud de los hombres, que acuden a Santa Bárbara sólo cuando truena. El segundo es más amplio: «Ni río, ni horno, ni mulo, ni superior por vecino».

La prevención con que estos proverbios miran al río es contradicha constante y abiertamente por el lenguaje popular y por el poético. El río es para el pueblo símbolo de riqueza y hermosura. Los poetas hacen río de todo aquello que se da en abundancia, sobre todo si encierra el concepto de hermosura. Así, por ejemplo, el Camino de Santiago es un río de estrellas, se dan ríos de mansas amapolas, ríos de lunas sin origen, y Sevilla es cruzada por una saeta: el río Guadalquivir.

Del río han hecho los literatos un mito bello, porque a él baja el sol como doncella al baño, de él llega el refrigerio y consuelo en días agobiantes de calor, y al lado de los ríos tienen lugar bellas escenas de amor y las epopeyas guerreras más ardientes.

Hay ríos ingratos, tumultuosos y broncos, que fecundan sus riberas, a los que no hay que agradecer ni la más corta brisa. Otros son musicales, tanto que a la música se le podría llamar río, como lo hace Juan Ramón Jiménez:

*«La música era un río vago,
entre poniente de sedas
y los espejos» (1).*

(1) JIMÉNEZ, Juan Ramón: *Idilios Románticos*; en Antología Poética. Ed. Losada.—2.ª edición.—Buenos Aires, 1958, pág. 202.

Para los poetas el río tiene vida y la vida tiene por símil perfecto el río. Tan verdad es esto que la expresión, por lo bella, se ha hecho lugar al que todos acuden. Jorge Manrique nos la expresa en una de las más bellas elegías de la literatura universal, la dedicada a la muerte de su padre:

*«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir...»* (2)

No solamente el río es considerado símil de la vida por tener un término, sino por su facultad poética de percepción, Goethe (3), en su canción «A la luna», pide al río que murmure, que musite su canción, sus melodías y sus sentires tanto cuando pasa rumoroso como cuando lo hace suave y manso, haciendo levantar los brotes primeros de la primavera.

Blas Otero nos habla del «río del tiempo para la muerte» (4). García Lorca, en «Baladilla de los tres ríos», ve pasar al Guadalquivir con «barbas granates», mientras que «por el agua de Granada sólo reman los suspiros» (5).

Si es cierto que muchas veces prefiere y busca el río la soledad, otras tiene nostalgia de compañía, como nos lo indica Carlos Sahagún:

*«Se le alegra el vivir al ría,
porque me acerco a sus orillas»* (6).

«Los consejos dóciles de río» son recomendados por Gerardo Diego (7), quien en otra ocasión nos presenta los tres versos siguientes, llenos de contenido:

(2) MANRIQUE, Jorge: *A la muerte del maestro de Santiago don Rodrigo Manrique, su padre*; estrofa tercera; en *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*.—Ed. Ibéricas, 16ª edición.—Madrid, s. a., pág. 40.

(3) GOETHE, Johann Wolfgang von: *An den Mond*; en *Deutsche Gedichte*. Duesseldorf, 1966, pág. 208.

(4) OTERO, Blas: *Lo eterno*; en *Poesía Española Contemporánea: Estudio y Antología*, por M. Montero.—Ed. Plaza & Janés.—Barcelona, 1966, pág. 272.

(5) GARCÍA LORCA, Federico: *Baladilla de los tres ríos*; en *Antología Poética de García Lorca*.—Ed. Losada.—Buenos Aires, 1965, pág. 31.

(6) SAHAGUN, Carlos: *Atardecer en el río*; en los premios Boscan de Poesía 1949-1961.—Ed. Plaza & Janés.—Barcelona, 1963, pág. 296.

(7) DIEGO, Gerardo: *Liebre en forma de elegía*; en *Antología de la Poesía Española Contemporánea*, por J. M. Aguirre.—Ed. Clásicos Ebro.—Zaragoza, 1961, página 155.

«Otros más agobiados
con los ríos al hombro
peregrinan sin llamar a las posadas» (8).

significando con ello que hay quienes tienen que atravesar el río de la vida sin poder gozar de ella; sólo saborean sus dificultades.

Muchas veces está el río tan vinculado a la ciudad que forma parte de ella, como anota Pedro Salinas al hablar de Sevilla:

«Desde las orillas,
las desesperadas
luces suicidas
al río se lanzan» (9).

El poeta alemán Ernst Stadler (1883-1914) nos describe, en «*Fahrt ueber die Rheinbruecke bei Nacht*», al tren rápido que empuja la oscuridad, ante el que desaparecen las estrellas, mientras que allá, bajo el puente, discurre el río iluminado por las luces de la ciudad, que se refleja en sus ondas (10). Lehmann hace que nos fijemos en lamimbrera, medio seca, que presiente la llegada del otoño, y con él la humedad que le dará nuevo vigor (11). Y, puesto que hablamos de poetas alemanes, no podemos omitir la cariñosa denominación que dan al Rin: «Padre de Alemania». En realidad lo ha sido y lo será siempre, por ser la fuente de riqueza, la vida de comunicación barata del comercio alemán. Esta idea de «río comercial» se halla muy arraigada en el pueblo y ha pasado a la poesía, de modo que, por ejemplo, Bert Albrecht (12) compuso dos bellas canciones: «Canción del comerciante» y «Canción del trabajador que arrastra la barcaza de arroz» —ambas ambientadas en la lejana China. Apunta en ellas el problema sociológico del obrero que pone el trabajo para llevar la barcaza contra la corriente, río arriba, por un puñado de arroz, mientras el comerciante se enriquece con el sudor de ese pobre infeliz.

(8) DIEGO, Gerardo: *Angelus*; en Poesía Española Contemporánea, por Gerardo Diego.—Ed. Taurus.—Madrid, 1966, pág. 387.

(9) SALINAS, Pedro: *Acuarela*; en Poemas escogidos de P. Salinas.—Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1956, pág. 34.

(10) STADLER, Ernst: *Fahrt ueber die Koelner Rheinbruecke bei Nacht*; en *Lyrik des 20.—Jahrhunderts*, tomo II.—Wien, 1959, pág. 9.

(11) LEHMANN, Wilhelm: *Herbstmut*; en *Lyrik des...*, tomo III, pág. 67.

(12) BRECHT, Bert: *Lied des Haendlers y Gesang der Reiskahnschlepper*; en *Lyrik des...*, tomo III, pág. 7 y 8.

El río expresa sus sentires por el murmullo de sus aguas. Dámaso Alonso, en «Hombre y Dios» (13), habla de la vida metafóricamente, pues «un río es agua, lágrimas; mas no sé quién las llora». Para Altolaguirre la «pena tiene por lengua un río» (14). En la misma línea poética Boerries Freiherr von Münchhausen (15), nos presenta en la «Balada de la mata de ortigas» a una reina que se dirige al río donde se encuentra una doncella aclarando la ropa a la luz de las estrellas, las únicas que contemplan las lágrimas de la joven. La reina le pregunta por la razón de aquel llanto. La causa —dice ella— es que ha visto muchas ondas presurosas hacia el mar, vacías, sin nada, y cómo una se deslizaba con más lentitud que sus compañeras llevando una reina en sus brazos húmedos; ella llora, porque ya no es así y no lo será nunca más.

El río hace revivir recuerdos, engendra nostalgias, sobre todo las de la ausencia de la patria. Rafael Alberti, en su «Entre el clavel y la rosa», contempla el Sena de París y llora:

*«A través de una niebla corporal de tabaco
miro al río de Francia,
moviendo escombros tristes, arrastrando ruinas
por el pesado verde ricino de sus aguas.
Mis ventanas
ya no dan a los álamos y los ríos de España»* (16).

Una de las más bellas composiciones que sobre el tema «río» se han escrito se la debemos a Goethe en su «Nahomets Gesang». En alegoría nos presenta una fuente que brota impetuosa entre peñascales. Tiene el claro brillo de las estrellas. En su juventud es alimentada por espíritus buenos, que habitan en un matorral, junto a las rocas. El río —jovencito de encantos— baila y se alegra descendiendo por entre mármoles y, como capitán, va llevando consigo las fuentes hermanas. Su caminar se hace flores y la pradera vive de su aliento. Sin embargo, ni las flores ni la umbría, que ante él se postran, consiguen detenerle. Va

(13) ALONSO, Dámaso: *A un río le llamaban Carlos*; en *Hombre de Dios*. Málaga, 1955, pág. 69-73.

(14) ALTOLAGUIRRE, Manuel: *Fábula*; en *Poesía Española Contemporánea*, por G. Diego, pág. 514.

(15) MUENCHHAUSEN, Boerries Freiherr von: *Ballade von Brennesselbusch*; en *Lyrik des...*, pág. 47.

(16) ALBERTI, Rafael: *Muelle del reloj*; en *Antología del Grupo Poético de 1927*, por V. Gaos.—Ed. Anaya.—Salamanca, 1965, pág. 95.

siempre hacia adelante, como reptil. Arroyos le homenajean, da brillo a la llanura y la llanura le hace resplandecer. Los regatos de las montañas le gritan jubilosos: «Hermano, hermano, lleva contigo a tus hermanos hacia el Océano eterno, padre que nos espera con los brazos abiertos». El los acoge para que no se los sorba la arena o un montecillo no lo convierta en charcos. El río es el rey que, en marcha triunfal, lleva cortejo de príncipes y ante él las ciudades se ponen a sus pies. Sigue clamoroso. Atrás deja luces en lo alto de las torres: creación y producto que se debe a su riqueza. El da nombre a países. Gigante, lleva casas de cedro a sus espaldas y millares de velas cantan la melodía de su poder y señorío. Así, con el corazón rebosante de alegría, presenta a sus hermanos, a sus tesoros y a sus hijos ante el Creador (17).

La lectura de la hermosa composición de Goethe nos ha sugerido releer la ya citada de Dámaso Alonso (18), que nos dice en sus seis primeros versos:

*«Yo me senté en la orilla:
yo quería preguntarme, preguntarme tu secreto;
convencerme de que los ríos resbalan hacia un anhelo
y que cada uno conoce y muere distinto
(lo mismo que a tí te llaman Carlos)».*

El río se ha personalizado ya, tiene su nombre: para Dámaso, «River Charles»; para nosotros... «Río Duero».

2. CURRICULUM VITÆ

Se conocía al Duero en la antigüedad con los nombres de «Durias» y «Durius», según se tengan en cuenta las denominaciones de Estrabón o de Plinio. La etimología de ambos nombres ha de buscarse en la palabra celta «dur», que significa agua. Este parece ser también el origen etimológico del río Turia.

Es el segundo de la Península Ibérica en cuanto a la extensión de su cuenca y en cuanto al número de afluentes, y el tercero si se atiende a la longitud de su curso, con 776 kilómetros.

(17) GOETHE, J. W.: *Mohamets Gesang*; en *Deutsche Gedichte*, páginas 182-184.

(18) ALONSO, Dámaso: *A un río le llaman Carlos*; en *Hombre de Dios*, páginas 69-73.

A su cuenca hidrográfica pertenecen, en todo o en parte, las provincias españolas de Soria, Burgos, Valladolid, Salamanca, Palencia, Segovia, Avila, León, Zamora y Orense. También tres provincias portuguesas. Es de pendiente irregular a lo largo de su curso, dando una media de descenso de 0,0028 metros por cada cien.

Aflora en la parte meridional de la sierra de Urbión —estribaciones del Moncayo— por encima de un lugar llamado Duruelo, no en las lagunas de Urbión. Sus aguas bañan directamente tierras de Numancia, ciudad y provincia de Soria, las históricas villas de Berlanga y Almazán, Gormaz y San Esteban de Gormaz, Roa de Duero, Aranda de Duero, Valladolid, Toro, Zamora, frontera de Portugal con Zamora y Salamanca. Entra en la nación hermana por La Frejeneda, puerto fluvial hasta hace cincuenta años, y desemboca en Oporto.

Tanto por el territorio que comprende su cuenca, como por las ciudades que visita, se comprende su importancia en la historia de Castilla y en la de España, desde el punto de vista turístico.

En el decurso de los siglos corrió por su cauce mucha sangre española.

Sus aguas reflejaron las preocupaciones de gente sencilla, de reyes y magnates. Acaso todavía en las noches del enero tranquilo y helado murmuren y repitan tanta intriga y tantas luchas como a sus orillas tuvieron lugar. Numancia nos recuerda a los romanos en lucha con sus primitivos moradores, Calatañazor a los árabes y Toro a los portugueses. Las aguas del Pisuega le traen noticia de los últimos momentos de don Alvaro de Luna ahorcado en Valladolid. A su paso por Zamora no se puede olvidar la traición de Vellido Dolfos; de Villalar le llegan por los aires los últimos ayes de los comuneros en derrota, y, cuando se le junta el Tormes suenan aún ecos de las lecciones de Francisco de Victoria y versos de Fray Luis de León, pronunciados en la docta Salamanca.

Valgan estas anotaciones para enmarcar el campo geográfico e histórico con su reflejo natural y lógico en la poesía española del turismo.

3. UN DUERO JOVEN, CASI NIÑO

No podía faltar la leyenda en el nacimiento del Duero, mejor, en sus primeros balbucesos. Entre rocas y repliegues —mueca multimilenaria de un gigante— se perciben sus primeros murmullos graníticos.

Durante tiempo se dijo que era hijo de una de las tres lagunas que aparecen un poco más abajo: «la larga», «la negra» y «la helada».

En aquel paraje se le oye sólo a él y al viento, cuando choca contra las rocas. Ambos entonan una canción a la naturaleza. Cuando el viento calla —allá en el fondo de una laguna— parece escucharse la historia del padre asesinado por dos hijos, llevados por el deseo de la herencia. Es Antonio Machado quien, en versos, recoge la leyenda:

*«A la vera de la fuente
quedó Alvar González muerto.
Tiene cuatro puñaladas
entre el costado y el pecho,
por donde la sangre brota,
más un hachazo en el cuello.
Cuenta la bazaña del campo
el agua clara corriendo,
mientras los dos asesinos
huyen hacia los hayedos.
Hasta la «Laguna Negra»,
bajo las fuentes del Duero,
llevan el muerto, dejando
detrás un rastro sangriento;
y en la laguna sin fondo,
que guarda bien los secretos,
con una piedra amarrada
a los pies, tumba le dieron» (19).*

Es la primera sangre y el primer cadáver que recibe el río joven, que conservará este primer recuerdo, impacto imborrable en una niñez inocente.

En sus comienzos es un manantial con murmullo ledó, quieto; pero si se le acaricia, encontraremos su piel áspera de frío. Más abajo está Duruelo de Soria, que algo debe llevar en su nombre del río pequeño.

Corzos y lobos le hacen compañía, sobre todo los lobos, que aullan acunándole en las noches de marzo, cuando todo quisiera reventar en

(19) MACHADO, Antonio: *La tierra de Alvargonzález*; en *Poesías completas*.—Ed. Espasa-Calpe.—Madrid, 1966, págs. 98-129.

primavera. Los pinares le cobijan cuando va llegando a la pubertad. Angela Figuera Aymerich, le contempla pequeñito, cuando el niño aventura su primera excursión prematura por el bosque:

*«Tibio y espeso el pinar;
el Duero párvulo y lento,
que lo acaricia al pasar...»* (20).

Gerardo Diego en su «Cumbre de Urbión» lo ha visto enmarcado en el paisaje:

*«Geología yacente, sin más huellas
que una nostalgia trémula de aquellas
palmas de Dios palpando su relieve.
Pero algo, Urbión, no duerme en tu nevero
que entre peñascales de tu virgen nieve
sin cesar nace y llora el niño Duero»* JTEL.

En su descenso los hombres le van poniendo puentes, que él agradece con la sonrisa de los rizos de sus aguas. Cada vez mayor, se hace adolescente impetuoso. Alguien podrá ya suponer que llegará el tiempo en que calce espuelas y no se dé reposo en su tarea de conquista. Machado gusta de contemplarle joven, apuntándole el bozo, hermoso y afable, aunque inquieto.

*«Pasados los verdes pinos,
casi azules, primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre terso y mudo mansamente.
El campo parece más que joven adolescente.
... ..
¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera
espuma de la montaña*

20) FIGUERA AYMERICH, Angela: *Baño*; en *Poesía Española Contemporánea*, por M. Montero, pág. 205.

(21) DIEGO, Gerardo: *Cumbre de Urbión*; en *Ant. Grupo 1927*, por Gao, página 60.

*ante la azul lejanía,
sol de día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!»* (22).

4. TRAGEDIA Y PROFECÍA EN NUMANCIA

El nombre de Numancia suena desde la niñez en nuestros oídos y, con justa razón, ha enardecido nuestro natural joven e ingenuo.

Universalmente es conocida aquella célebre ciudad de la España antigua, situada antes de llegar a Soria, en un cerro junto al río. Resistió la apetencia romana durante años; pero no era Roma inconsciente para permitir un enclave rebelde en la península, tan cerca de la cuenca del Ebro, donde tenía sus principales puntos de dominio militar y comercial. Por ello, desplegó su poder y envió al mejor de sus generales —Escipión «el Africano»—, quien la redujo a cenizas el año 133, antes de la era cristiana. Después de soportar un pródigo y memorable asedio, antes de rendirse, prefirieron los numantinos, morir en llamas.

Este heroísmo ha sido cantado por historiadores y poetas, como Alfonso X «el Sabio», Florián del Campo, Esteban Garibay, Morales y Cervantes, entre los antiguos, y Rojas Zorrilla, Sedano, López de Ayala y Sabiñón, entre los más modernos.

Por su calidad y significación merece leerse «El Cerco de Numancia», escrito por Cervantes entre los años 1580 y 1587. En acertada personificación, augura la ciudad al río:

*así en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro cual el Tajo ameno...»* (23).

Prosigue la salutación, que más bien es buen deseo en prosperidades y bellezas; que las ninfas encuentren sus delicias en aquellas aguas. Con el buen augurio llega envuelta la petición de socorro en aquel asedio, que la amenaza con tan cierto peligro de aniquilación.

*«Suplícote que en nada te detengas.
Si con tus continuos crecimientos,*

(22) MACHADO, Antonio: *Orillas del Duero*; en *Poesías c.*, pág. 30.

(23) CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El Cerco de Numancia*; en *Obras Completas*, por A. Valbuena.—Ed. Aguilar.—Madrid, 1949, pág. 152.

*de estos fieros romanos no te vengas,
cerrado veo ya cualquier camino
a la salud del pueblo numantino».*

A la angustiada petición responde el río acompañado de tres manebos, los tres afluentes que allí se le unen —ríos Obrón, Minuesa y Tera—. Confirma la destrucción de la ciudad determinada hace largo tiempo por las estrellas. El hado es implacable, pero no desaparecerá el espíritu de los numantinos. Sus proezas serán de fama imperecedera. Tiempo llegará en que aquellos guerreros «serán oprimidos por los que ahora tienen abatidos». Acaudillados por Atila llegarán hombres del Norte. Se pronostica también el saco de Roma en los versos que siguen:

*«...y también vendrá tiempo en que se mire
estar blandiendo el español cuchillo
sobre el cuello romano, que respire
sólo por la bondad de su caudillo...»*

Ahora da principio a la profecía del Duero, al hacer mención del título de Católicos que recibirán los Reyes de España. Gloriosísimo ha de ser el reinado de Felipe II, forjador de la unidad ibérica. A este monarca se refieren los versos que ponen su grandeza a nuestra consideración:

*«Debajo de este imperio tan dichoso,
serán a una corona reducidos,
por el bien universal y a tu reposo,
tus reinos, hasta entonces divididos.
El jirón lusitano, tan famoso,
que un tiempo se cortó de los vestidos
de la ilustre Castilla, ha de asirse
de nuevo, y a su antiguo ser venirse.
¡Qué envidia, qué temor, España amada,
te tendrán mil naciones extranjeras,
en quien tu reñirás tu aguda espada
y tenderás triunfante tus banderas!
Sírivate esto de alivio en la pasada*

*ocasión, por quien lloras tan de veras,
pues no puede faltar lo que ordenado
ya tiene de Numancia el duro hado».*

5. CABEZA DE EXTREMADURA

El Cronicon Silense —reinado de Ramiro III— encontramos: «Dorium fluvium, qui tunc temporis inter Christianos et Barbaros pro limite habebatur». En el Fuero de Roa de Duero (1143) se puede leer: «Toda Castilla (al norte) et tota gente quae in Extremadura sunt (al sur)». Un siglo después nos habla Alfonso X el Sabio de «las Extremaduras de allent el Duero».

Las tres citas anteriores, tan antiguas como la historia de Castilla, nos presentan una denominación de «Extremadura» que no coincide con la actual. Ahora abarca las provincias de Cáceres, Badajoz y la Extremadura portuguesa. Largo tiempo fue considerada Salamanca como «cabeza de Extremadura» y con anterioridad, hasta el siglo XV, se entendía por «extremadura» toda la margen izquierda del Duero; es decir, la franja sur. Eran tierras de frontera, tierras despobladas.

En el escudo de Soria podemos leer el mote: «Soria pura, cabeza de Extremadura», porque primitivamente Extremadura no quería decir otra cosa que tierras a los extremos del Duero, en su cabecera y en su desembocadura.

Históricamente famosa es la trashumancia de ganado a tierras de Extremadura. No siempre, ni mucho menos, se lleva el ganado a la región que actualmente ostenta este nombre. El viaje era más racional y más corto, sobre todo si se trataba del ganado soriano.

Cuando el otoño se hacía presente con las primeras escarchas, querían los pastores hallarse ya en la margen izquierda del Duero, más abajo de Almazán, en franja que se alargaba hasta Roa de Duero. Porque muy pronto bajaría el lobo acosado por los fríos, pisando nieve. Allí se buscaba una temperatura más templada. Se dejaba la cabaña idflica, a cuyas puertas se habían hecho fiestas y danzado a los sones de la flauta y el tamboril. El perfil del pastor sobre los alcoves desaparecía por unos meses. Y los amores del pastor —la madre y la novia— llo-

raban aquella ausencia invernal, de cuya realidad nos quedan vestigios en la copla regional soriana que todos conocemos:

*«Ya se van los pastores
a la Extremadura,
ya se queda la sierra
triste y oscura.
Ya se van los pastores,
ya se van marchando;
más de cuatro zagalas
quedan llorando».*

Fue Alfonso el Sabio quien organizó la protección de la trashumancia en Real Cédula «Al Concejo de la Mesta de los Pastores de mi reino». Había que hacerlo, porque los «ricos homes y infanzones y cavalleros y escuderos y otros homes poderosos» ponían dificultades a veces insuperables para aquellos pobres que venían huyendo del frío de las montañas en busca de la supervivencia de riqueza nacional ganadera, una de las más importantes en aquellos tiempos. Así nacieron, en el decurso de los años, las cañadas luminosas y los amplios caminos que escalaban alcores, así como esos pueblecitos, ahora míseros —adobes, guijarros y lanchas— que van desapareciendo de nuestra geografía a no ser que se les den afueras de trenes, carreteras, o autopistas. Toda una complicada y precisa legislación nació, en expresión del Rey Sabio, para amparar «así bacas, como yeguas y potros y potras, y puercos y puercas, y obejas y carneros, y cabras...»

El clima era más dulce y suave a orillas del Duero, en aquel paisaje no carente de encinas, fieles acompañantes de la montaña a la ribera, ya que en el siglo XIII eran mucho más numerosas que ahora. A su cobijo surgían cabañas provisionales y con sus ramas se hacía la lumbre, tan necesaria para soportar el frío de Castilla. Antonio Machado habla de ellas:

*«...encinas de Extremadura,
de Castilla, que bizo a España,
encinas de la llanura,
del cerro y de la montaña;
encinas del alto llano*

*que el joven Duero rodea,
y del Tajo que serpea
por el suelo toledano;
encinas de junto al mar...» (24).*

Parece que las tierras de la antigua Extremadura eran algo así como el París de la moda para pastores y pastoras. El Marqués de Santillana, que —literariamente al menos— tanto tuvo que ver con pastoras y serranas, en la *Serranilla segunda* habla así del vestido de la protagonista:

*«Traía saya apretada,
muy bien fecha la cintura;
aguisa d'Extremadura
cinta e collera labrada» (25).*

Cuando pasaban los días malos del marzo inclemente, volvía la animación a las sierras y colinas del alto Duero. Pastores y pastoras regresaban alegres y hasta los álamos estiraban sus orejas para escuchar las melodiosas canciones de un retorno que concidía con la llegada de la primavera. Se rehacían las majadas, se cortaban lentiscos y retamas para las camas y se buscaba nuevamente la vereda que había intentado escaparse y desaparecer entre las zarzas. De la crudeza de los días invernales no quedaba más rastro que algunas nieblas y el rocío abundante de la montaña.

6. SORIA DE DUERO

No Pretendo que esta denominación pase al Consejo de Ministros para hacerse oficial. Creo, sin embargo, que a Soria deberíamos los españoles llamarla Soria de Duero. Porque al Duero y a sus poetas debe esta ciudad que muchos la conozcan, como a San Saturio, los pinares de Cobaleda, la limpidez de su cielo y la amable austeridad de sus colinas.

Mucho es lo que debe Soria a los poetas del siglo XX cantores del Duero. Poco a poco irán apareciendo en este trabajo sus nombres, debiendo omitir no pocos, considerados de menos importancia en este particular, sin que por ello se intente poner en duda su autoridad lírica.

(24) MACHADO, Antonio: *Las encinas*; en *Poesías c.*, pág. 84.

(25) MARQUES DE SANTILLANA: *Serranilla segunda*; en *Clásicos Ebro*. Zaragoza, 1965, pág. 47.

A Antonio Machado es a quien debemos dar la preferencia en la presentación de la Soria poética, de quien toda persona culta ha oído hablar:

*«Soria fría, Soria pura,
cabeza de Extremadura,
con su castillo guerrero
arruinado, sobre el Duero;
con sus murallas roídas
y sus casas renegridas!
... ..
Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas,
por donde traza el Duero
su curba de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tarde de Soria, mística y guerrera...» (26).*

¿Es que no hay en Soria más que páramos, poetizados por un genial capricho, o hay algo más?

Es ciudad que sobrecoge al turista superficial y defrauda al hombre sin corazón; pero solamente a éstos. Es pequeñita, sin movimiento industrial, conocida, en el texto de árida geografía que estudié como productora de buena mantequilla. Tiene, sin embargo, bellezas en paisaje y monumentos. Las iglesias de Santo Domingo, San Juan de la Rabanera, Colegiata de San Pedro y San Juan de Duero, allá abajo, son de un románico excelente. Quien desee ver buen románico debe ir a Soria; quien aspire a comprender el carácter castellano debe buscar la ocasión de echar unas parladas con sorianos de raigambre, y, si se desea gozar de la bendición de una naturaleza tranquila, ha de andar las veredas sorianas, junto al río o monte arriba, donde la escasa vegetación llora rocío de gozo en gratitud a nuestra visita. En Soria se renuevan los senderos sin cesar, sólo para que nosotros los contemplemos.

(26) MACHADO, Antonio: «Soria fría, Soria pura» y Colinas Plateadas; en Poesías c., págs. 96-97.

El poeta no es caprichoso al ensalzar estos paisajes; expresa lo que siente. No es, apropiándonos la frase de San Pablo, la campana que tateña, sin contenido, con voz más o menos melodiosa, sino que expresa algo que no puede contener el corazón.

Blas Otero, en la composición «En el corazón en los ojos», llega al éxtasis lírico.

*«Soria, ciudad castellana
¡tan bella! bajo la luna» (27).*

Jesús Lizano, en «Memoria de Antonio Machado», queda espiritualmente sobrecogido por el imponente «silencio de Soria» (28).

Antonio Machado —poeta nadaluz embrujado por Soria— la ve llena de poesía en sus tardes tranquilas, en sus montecillos violeta, en el verde ensueño de su cielo gris, en la tierra, en su agria melancolía en su vetustez y en cada rincón, tanto que es forzado a escribir:

*«...me habéis llenado el alma,
¿o acaso estábais en el fondo de ella?» (29).*

Le entró tan adentro del alma que no la pudo olvidar, aunque se encontrara a centenares de kilómetros en los plateados olivares de su tierra, o en tierras de Segovia o fuera de la Patria. Los textos nos lo dirán después, aunque hayamos de ser comedidos, ya que sus abundantísimos.

En una de sus composiciones nos habla de un viaje, para él memorable:

*«...y recuerdo un viaje
hacia tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana
¡pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!*

(27) OTERO, Blas: *En el corazón y en los ojos*; en *Poesía España Contemporánea*, por M. Montero, pág. 279.

(28) LIZANO, Jesús: *Memoria de Antonio Machado*; en los premios Boscan, pág. 203.

(29) MACHADO, Antonio: *Campos de Soria, IX*; en *Poesías c.*, pág. 97.

¡Y alegría
de un viaje en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!» (30).

La ciudad del Duero le dio la felicidad de formar un hogar. No la abandonó más que cuando le fue imposible soportar la íntima tragedia de la ausencia de la amada, arrebatada por la muerte. Todo le recordaba aquellos días de felicidad y todo renovaba sentires que le hacían sufrir. Por amor había estado en Soria y el amor le había hecho penetrar la honda poesía que la ciudad encierra.

«¿Por qué, decíme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera,
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?
Nadie elige su amor...
... ..
Mi corazón está donde ha nacido,
no a la vida, al amor, cerca del Duero» (31).

Otro poeta de primera fila se ha ocupado de Soria y su Duero; es José García Nieto, que en su «Sexto Poema de El parque pequeño» nos presenta en el trasfondo el Urbión y el famoso pinar de Cobaleda, en conjunto con el Duero y la ciudad (32).

7. NATURALEZA A ORILLAS DEL DUERO

No es el Duero río ciudadano que se entretiene a su paso por las grandes poblaciones, o busca la contemplación de sus bellezas. Bien podríamos asegurar que es austero, aunque amable. El sigue su camino. Si algunas veces aparece bronco, bien pronto se puede comprobar que con facilidad se le pasa el mal humor. De Soria parece estar singularmente enamorado. Machado, aunque no habla de esos amores, sí lo hace de una realidad que los significa:

(30) IB.: *Otro viaje*; en *Poesías c.*, pág. 137.

(31) IB.: *Los sueños dialogados*, II; en *Poesías c.*, pág. 222.

*«las serrezuelas por donde tuerce el Duero
para formar la curva de la ballesta de un arquero
en torno a Soria.—Soria es una barbacana,
hacia Aragón, que tiene la torre castellana» (33).*

En la misma composición analiza el poeta las márgenes del río, sus álamos, el tráfago de los carros, jinetes y arrieros sobre sus puentes, y aquellas inquietas aguas que se ensombrecen al pasar por debajo de sus arcos. De él escribe:

*«...iba a embestir los ocho tajamares
del puente el padre río,
que surca Castilla el yermo frío.
¡Oh Duero, tu agua corre
y correrá mientras nieves blancas
de enero el sol de mayo
baga fluir por boces y barrancas,
mientras tengan las sierras su turbante
de nieve y de tormenta,
y brille el olifante
del sol, tras de la nube cenicienta! ...
¿Y el viejo romancero
fue el sueño de un juglar junto tu orilla?
¿Acaso como tú y por siempre, Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla?...» (34).*

De modo especial impresiona el frescor de la naturaleza junto al río, los álamos cantados por tantos poetas y por Machado en concreto, por ejemplo en la composición que comienza «He vuelto a ver los álamos dorados», esos que van en procesión romera de San Polo a San Saturio. Los enamorados eligen también ese camino, acaso para ver si las aguas en su murmullo les reafirman en la intensidad del amor, les cuentan hasta dónde llega la correspondencia del amado, «ese amor

(32) GARCÍA NIETO, José: *Sexto poema de «El parque pequeño»*; en *Poesía Española Contemporánea*, por M. Montero, pág. 265.

(33) MACHADO, Antonio: *A orillas del Duero*; en *Poesías c.*, pág. 77.

(34) IB.: *Orillas del Duero*; en *Poesías c.*, pág. 82.

cerca del agua que corre y pasa y sueña» (35). Los olmos, «fantasmas del camino solitario», en frase de Pedro Barqueño (36), atraen la atención de los enamorados, que buscan siempre bellos y silenciosos parajes, como nos asegura Machado. Los observa en el poético reverdecer de un viejo olmo (37), así como en otros leerá los nombres de quienes se han amado, grabados sobre los troncos (38), costumbre multiseular, ya cantada por Cervantes en su comedia «Pedro de Urdemalas». En ella Pascual, enamorado de Benita, desea convencerla de la verdad de su amor y le afirma:

*«Pascual.—Los álamos de aquel río,
que con el cuchillo mío
tienen grabado tu nombre,
te dirán si soy yo hombre
de buen proceder vacío.*

*Pedro.—Yo soy testigo, Benita
que no hay haya en aquel prado
donde no te vea escrita
y tu nombre coronado
que tu fama solicita» (39).*

Alejado del Duero encantador, desde su tierra andaluza, pregunta Machado a José María Palacio en la composición poética que lleva ese título, si se acerca ya la primavera que «tarda, ¡pero es tan bella cuando llega!», si los olmos viejos renacen en hojas nuevas, si está la zarza para florecer, si las margaritas llenan los prados y si aún están desnudas las acacias y las cumbres de las sierras siguen cubiertas de nieve (40). Las árboles, las aguas, los ruiseñores y el camino son temas preferidos por nuestro poeta, que de lejos sigue sintiendo, a orillas del Duero, la naturaleza en todas sus manifestaciones (41). En «Canciones de tierras altas» y en su «Adiós» (42) —soneto que rehizo para dar

(35) IB.: *Campos de Soria*, VIII; en Poesías c., pág. 97.

(36) BARQUEÑO, Pedro: *Romance de los álamos*; en *Panorama Poético Español* (Historia y Antología 1939-1964).—Ed. Nacional.—Madrid, 1965, pág. 594.

(37) MACHADO, Antonio: *A un olmo seco*; en Poesías c., pág. 129.

(38) IB.: *Campos de Soria* VIII; en Poesías c., pág. 97.

(39) CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Comedia famosa de Pedro de Urdemalas*, jornada I; en *Obras Completas*, pág. 510.

(40) MACHADO, Antonio: «Yo voy soñando caminos»; en Poesías c., pág. 31.

(42) IB.: *Adiós*; en Poesías c., pág. 138.

más bello caminar a su verso— se condensa su pensamiento: «¡No todas vais al mar, aguas del Duero». Las llevó siempre en su corazón. En «Recuerdos» (43) —con las golondrinas y rebaños de merinos— envía su sentimiento de nostalgia. Ella le acompañará al sepulcro. Quisiera cantar en su tierra.

*«En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra,
—yo tuve por patria donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza—,
en estos campos de mi Andalucía,
¡oh tierra en que nací!, cantar quisiera» (44).*

¡Qué cierto es que la patria del corazón no coincide siempre con la de la partida de nacimiento! Como enfermo incurable, recae Machado en la misma dolencia —dolencia nostálgica— cuando escribe:

*«¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano cuando paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo» (45).*

8. EN LAS TIERRAS ÉPICAS DE CASTILLA

Muere Almanzor «allent del Duero» —decían los castellanos— en el año 1.002 en Medinaceli. Tal importancia se da a este notable gue-

(43) IB.: *Recuerdos*; en *Poesías c.*, pág. 130.

(44) IB.: «*En estos campos de la tierra mía*»; en *Poesías c.*, pág. 135.

(45) IB.: «*Allá en las tierras altas*»; en *Poesías c.*, pág. 133.

rrero en el romancero español que «Almanzor» será el título honorífico que se dé en adelante, y por largo tiempo, a capitanes y reyezuelos valerosos. Así en poetas y juglares.

En 1085 Alfonso VI, el designado legendariamente como «el de la mano horadada», conquista la ciudad de Toledo, para los españoles la capital de España por haberlo sido antes de la invasión árabe. Aquella conquista fue el símbolo y realidad de la posesión cristiana de la mitad de la Península. Entre los musulmanes la depresión, y la consiguiente reacción, fue enorme, sobre todo cuando Alfonso VII se hizo titular pomposamente «Emperador de los hombres de las dos religiones». Consecuencia de ello fue la decisión del rey de Sevilla, Motamid, conservada en la siguiente frase: «No quiero que mi nombre sea maldito en todas las mezzitas musulmanas y, si tengo que elegir, prefiero ser camellero en Africa a ser porquero en Castilla». Y, con el consejo de todos los reyes taifas, se pidieron refuerzos militares a los almohades, los «hombres consagrados a Dios» por la guerra santa. El único que se opone con efectividad al empuje musulmán es Don Rodrigo Díaz de Vivar, conocido por musulmanes y cristianos con el honroso apellido árabe «el kaid», el Cid guerrero de Castilla. El conquista Valencia en 1092.

Todo el territorio de la margen izquierda, el sur del Duero, era un poco tierra de nadie, tierras despobladas, las «extremaduras», con predominio, sin embargo, de Castilla y de León.

De este ligero apunte histórico puede deducir el lector la importancia de las corrientes del Duero en la defensa de Castilla, su importancia épica y la consiguiente necesidad poética y folklórica.

Suenan en la Historia y en la Poesía los nombres de Catalañazor, Medinaceli, Burgo de Osma, Osma, Gormaz, San Esteban de Gormaz, Caleruega, Silos y muchos más. En la epopeya del Cid se habla de Burgos, San Pedro de Cardeña, Gormaz, San Esteban de Gormaz y Medinaceli. Las últimas poblaciones eran de discutida posesión por Castilla, ya que Aragón pretendía anexionárselas, lo mismo que Soria, acertadamente llamada por Machado «barbacana de Castilla».

Cuando el Duero abandona Soria, y aún bastante más abajo siguiendo su curso, el río es joven, con tersura de piel fresca y limpia. Después se irá enturbiando con torrenteras de las tierras que se comienzan a llamar llanas. De estos parajes se puede decir lo que Santos Torroella ha puesto en verso:

*«Con paso medio humano, indiferente,
asomándose a todo apresurada,
como el hombre se escucha y sin saberse,
camina irreparable y bella el agua.
Al monte no, a su distancia vuelve;
tan descendida, si se sueña es alta,
inmensa, porque el mar al que se atreve
será la libertad de su esperanza» (46).*

«Soy el Duero que todas las aguas bebo», no es más que la expresión envidiosa de una inquietud, que cada vez aparece mayor. El Arcipreste de Hita, en su «Libro de Buen Amor», en el capítulo que lleva por título «Aquí habla el pecado de la avarizia», se habla de él en sentido que deja adivinar esta interpretación:

*«Tu eres avarizia, eres escaso mucho,
el tomar te alegras, el dar no lo has mucho:
no te fartará Duero con el su aguaducho;
siempre me ffallo mal, cadaque te escucho» (47).*

El Cid pasó y repasó el Duero en diversas ocasiones. Otras lo hicieron sus mesnadas, hallándose él fuera de Castilla. El paso normal en aquellas correrías eran por Gormaz o por San Esteban le Gormaz, que según el «Poema de Mio Cid», era «una buena ciudad».

De Castilla se salía por Alcubilla del Marqués, donde se tomaba la calzada de Quinea, la calzada romana que unía Uxama (Osma) con Termancia. Aún se aprecian restos de ella. El poema dice que nuestro héroe: «... sobre Navas de Palos —el Duero va a passar, / a la Figue-ruela— mio Cid va a pasar», es decir, iba a pernoctar como fin de jornada. Un tercer «paso» era el de Vadorrey, en dirección de Berlanga, donde se hacía otra «possada», como se llamaba por aquellos tiempos a las paradas (48).

(46) SANTOS TORROELLA, R.: *Duero*; en Los premios Boscan, pág. 270.

(47) ARCIPRESTE DE HITA, Juan Ruiz: *Libro de Buen Amor*; Ed. Espasa-Calpe.—México, 1957, pág. 36.

(48) ANONIMO: *Poema de Mio Cid* (versos 396-400), por R. Menéndez Pidal.—Ed. Espasa-Calpe.—Madrid, 1966, pág. 127.

La primera vez que el «Poema de Mio Cid» nos describe el paso del Duero, está el Cid lleno de amargura que se adivina. Iba al destierro, con numeroso grupo de fieles servidores y compañeros, que, aun siendo motivo de consuelo, no dejaban de ser causa de profunda preocupación. El era en cierto modo la causa de aquel éxodo de Castilla y de aquel enfrentarse con las disposiciones reales, puesto que todos caían más o menos directamente en desgracia ante la autoridad al hacerse solidarios con Don Rodrigo. Con frecuencia dice el Cid en sus arengas que aquellos hombres comían el pan que él les proporcionaba. Las guerras en aquellos tiempos eran, frecuentemente, un modo de ganarse el pan. Con el Cid se desterraba un pequeño ejército con caballos, bestias de carga y peones, escuderos y caballeros. A todos había que proporcionar sustento. La preocupación era en aquella ocasión tan grande que piensa el Cid, desde el primer momento, no perder el vínculo con Castilla, de donde le podrían llegar refuerzos de todas clases, ya que no el auxilio real. La economía era tan difícil, que cuando Minaya va en mensaje al rey después de la primera gran victoria obtenida por los castellanos en tierras de moros, recibe del Cid la consigna de que a su regreso le busque donde esté, porque es muy probable que no permanezcan en el mismo sitio, ya que le parece poco factible vivir allí y con los recursos de aquella población, alimentar a sus mesnadas, caballos y bestias.

Lorenzo de Sepúlveda, en uno de sus numerosos romances, hace a la esposa del Cid, procedente del solar de Gormaz, cuando habla ante el rey:

*«Fija soy yo de don Gómez
que en Gormaz condado había,
don Rodrigo de Vivar
lo mató con valentía»* (49).

Nuevamente suena el nombre del Duero en el Poema de Mio Cid con ocasión de la llamada afrenta de Corpes, en que los Infantes de Carrión traidoramente, por envidia, despecho y venganza, maltratan a las hijas del Cid, con quien se hallaban casados. Si los cintarazos que caían sobre los cuerpos desnudos de las dos jóvenes damas las dejaron sin sentidos y en sangre, todo aquello se hacía

(49) ANONIMO: *Tesoro de los Romanceros y Cancioneros Españoles*, por Eugenio de Ochoa.—París, 1838, pág. 133.

porque no se atrevían a hacerlo con el Cid en persona, a quien en su corazón odiaban por envidia. Movidó por un triste, pero cierto Presentimiento, se vuelve atrás Félix Muñoz, las encuentra en aquella situación, las anima, logra que recuperen su ánimo y fuerzas y las monta a la grupa de su caballo. A toda prisa —le preocupa si los malditos Infantes pudieran darse cuenta y regresar en su persecución— sale del robledal.

*«Todos tres señores —por los robredos de Corpes
entre noche e día— salieron de los montes;
a las aguas del Duero —ellos arribados son,
a la torre de doña Urraca —elle las dexó.
A Sant Estevan —vino Pélez Muñoz...» (50).*

Como se puede apreciar, en aquellas tierras ha visto el Duero gloria, derrotas, alegrías y amargos desengaños.

9. CON CASTILLA SE ENSANCHA EL DUERO

*«Por necesidad cabalgo
y una vez puesto en la silla
se va ensanchando Castilla
al paso de mi caballo».*

Así suena la estrofa de un romance que conocemos desde nuestra niñez. Si la leyenda aplica este grito de triunfo al Cid de las barbas de plata, podemos asignarlo también a los guerreros castellanos en general.

El Duero se ensancha con Castilla. Llegamos ahora a un paraje en que su curso se hace más lento y su cauce más amplio. Sus aguas aparecen ocres, terrosas, y sus riberas se van convirtiendo, paso a paso, en las de un río estepario.

Pasado San Esteban de Gormaz se oyen sus murmullos en las huertas del monasterio de Nuestra Señora de la Vid, donde se venera

(50) ANONIMO: *Poema de Mio Cid*, por R. Menéndez Pidel (versos 2.309-2.313).—Ed. Espasa-Calpe, pág. 253.

una imagen de la Virgen hallada en unas viñas. Se dice que en él estudió Santo Domingo de Guzmán.

Después de La Vid viene Aranda de Duero, con aspiraciones de gran ciudad, que ha querido revalorizar su artística valía con los famosos certámenes que llevan por título «La Canción del Duero». Da la impresión de que aquí es donde Rafael Alberti pensó los tres versos siguientes.

*«En las barandas del Duero,
viendo pasar el alba fría,
yo te espero» (51).*

El paisaje se hace cada vez más singular, lo que no quiere significar que el horizonte se achique, sino que adquiere peculiaridades que sólo en esta tierra se pueden percibir. Es la Castilla ancha, la conquistada paso a paso por caballo fiel, sacrificado y guerrero. Es tierra que eleva mucho más que un picacho de los Alpes. De ella pudo escribir Unamuno:

*«Tú me levantas tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo.
Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
toma el presente en ti viejos colores
del noble antaño.*

... ..
*Es todo cima tu extensión redonda
y en tí me siento al cielo levantado...» (52).*

El cielo de Castilla es su mar, con sus ondas, que son las que se reflejan y aparecen en el vaivén de sus trigales. Sólo que al mar hay que mirarle en Castilla hacia arriba, como cristal azul de la magnificencia de los cielos.

(51) ALBERTI, Rafael: «*Madrugada, la amante mía*»; en Poesía del Amor Español, por R. Esteban Scarpa.—Ed. Zig-Zag.—Santiago de Chile, 1941, pág. 570.

(52) UNAMUNO, Miguel de: «*Tú me levantas, tierra de Castilla*»; en Antología Poética.—Ed. Espasa-Calpe.—Madrid, 1964, pág. 22.

Juan de Mena, en «El Laberinto de Fortuna», habla del ensancharse el Duero de manera expresa:

*«Arlanza, Pisuerga, y aún Carrión
gozan de nombres de ríos, empero
después de juntados llamámoslos Duero;*

Cada río de Castilla tiene larga y bella historia en hazañas y muchos de ellos nos presentan hermosos paisajes que admirar. De algunos trataremos concretamente en párrafos posteriores.

El río de la ciudad de Burgos no es el Duero, sino el Arlanzón, de tradición poética y guerrera. El cuenta al río mayor las cosas de la capital de Castilla, desde las escenas medievales caballerescas hasta los secretillos más insignificantes de los turistas y viajeros de la última temporada. Hace años le llegó al Duero la noticia —el Arlanzón es muy parlero— de que la catedral de Burgos se aparecía de noche, mágicamente, y que ofuscaba el brillo de las estrellas, sólo para que los turistas y viajeros la vieran de noche con todas sus galas. ¡Tantos y tantos son los secretos que arrastra el Arlanzón para contarlos, siempre que el Pisuerga se lo permita!

José María Alfaro ha compuesto la siguiente «Pequeña oda a Burgos con sus ríos»:

*«Las legiones tendidas hasta el Duero
arremeten las rocas, las espadas;
sin posible deriva, las aldeas,
ancladas en las márgenes de hierro,
se clavan entre rosas de corceles.
Un viento empuja todo, Dios espera;
bajará el Norte al Sur, nieves y rocas
taladradas de lanzas y de soles.*

*El fuego va camino de los ríos,
sin luna, por llanuras de cristianos.
Todo lo lleva en sí, nada le aguarda,*

(53) MENA, Juan de: *El Laberinto de Fortuna*; estrofa 162.—Ed. Clásicos Ebro.—Zaragoza, 1965, pág. 101.

*rígido, entre llamas, con sus curvas.
Cien perdones sembrando, mil naciendo.
Quien será el Capitán? Nadie lo sabe,
del Arlanzón al Duero se ha perdido» (54).*

Hay un río pequeñito, el Almojón, que aflora humilde y alegre en tierras de Silos. Siempre lleva un poquito de agua amable. En Caleruega y Gumiel de Izán recoge el primer capítulo de una historia gloriosa para España: la de Santo Domingo de Guzmán en su niñez. Nace de la familia noble de los Guzmanes en Caleruega, y es educado por un tío suyo en Gumiel. De aquella niñez cuenta al Duero historias y leyendas un poco antes de llegar a Roa, la villa en que murió el gran cardenal Cisneros.

De Roa a Peñafiel va el Duero reposado y afable, como complacido al escuchar la elegante prosa del Infante Juan Manuel en el Conde de Lucanor.

La hora del «angelus» entre Peñafiel y Roa, donde artificiosamente se dividen Valladolid y Burgos, en cualquiera de aquellos rincones, es de una experiencia imborrable. En la mística dulzura de la tarde —oro y azul— se da uno cuenta de que España entera está poetizando, en eco de luz que se repite desde centenares de años. No es embrujo, es sosiego, paz iluminada, cuando se nos acerca la nocturna oscuridad.

10. VALLADOLID Y SU PISUERGA

Valladolid perteneció al reino de León. Desde el norte de la provincia de Palencia llega el Pisuerga a esta ciudad con paso apresurado primero y después con un sosiego que en él significa tenacidad. No tiene tiempo para acercarse a Palencia. El camino para llegar al encuentro del Duero es de 284 kilómetros desde sus fuentes, no lejanas de las del Ebro.

Con riqueza en cangrejos, y escasez de agua, se asoma a Valladolid el Esgueva, río chico, que cuando llora afea mucho a la ciudad con sus inundaciones.

(54) ALFARO, José María: *Pequeña oda a Burgos con sus ríos*; en *Panorama Poético Español*, pág. 342.

Porque el Duero no pasa por Valladolid, han tenido los poetas valisoletanos que al salir al campo a saludarlo.

Núñez de Arce ve en «Idilio»:

*«Lleno de majestad y de reposo
el Duero caudaloso
a través de los campos se dilata:
refleja en su corriente el sol de estío,
y el sosegado río
cinta parece de bruñida plata.
... ..
Ya oculta de improviso en la alameda
su marcha mansa y leda;
ya le obstruya la presa de un molino,
y como potro a quien el freno exalta,
párase, el dique salta,
y sigue apresurado su camino» (55).*

Otro poeta de Valladolid, Emilio Pérez Ferrari, no encuentra tanta vena poética en la contemplación del Pisuerga y del Duero cuando escribe:

*«En un rincón de la tierra castellana
que desde el sitio próximo en que mana
cruza Pisuerga entre campiña verde,
antes de que deslizándose rastrero
pague tributo al caudaloso Duero
donde su nombre con sus aguas pierde,
se halla en la orilla del camino, al coto
de otra heredad, y entre viñado y soto,
una rústica granja en un ribazo...» (56).*

Quevedo, en sus «Silvas y Canciones», en la que compone «Mostrando su pasión amorosa» hacia Doris, dice cosas muy bellas y nos

(55) NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar: *Idilio*, estrofas 48 y 49; en *Tesoro Poético Castellano del siglo XIX*, por V. Gómez Bravo.—Madrid, 1954, pág. 736.

(56) PEREZ FERRARI, Emilio: *Consummátum (Alegoría de otoño)*; en *Tesoro Poético Español del siglo XIX*, pág. 1.052.

asegura que las peñas se ablandaron al tocarlas ella, y «las aguas del Pisuerga se pararon»... (57). También es vallisoletano José Zorrilla, que en «Recuerdos de Valladolid» oye

*«...el sordo murmullo
de las furtivas ondas
con que el revuelto Pisuerga
ambas orillas azota...»* (58).

Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña nos hace contemplar «Al Pisuerga helado», corriente intangible, dormida en sí misma, hallándose prisionero en los hielos (59). Ese sueño y prisión es, sin embargo, aparente. Si a través de esa capa de hielo o en cualquier rato de un otoño le escuchamos atentamente, oiremos allá en su fondo, con el rodar de las minúsculas piedras, un romance que canta la tragedia a que ambiciones y envidias llevaron al Condestable de Castilla don Alvaro de Luna: la muerte en el patíbulo, pobre y solo. Tuvo que ser enterrado de caridad, pues ni aun para la sepultura le habían dejado «fortuna» sus enemigos. Para mayor escarnio —lo rememoran los romances— lo llevaron antes de nada

*«...a las casas do vivía
Alonso Pérez Vivero
qu'el maestro muerto había.
Allí mujer y hijos
con gran rabia le decían:
aquí pagarás, maestro,
la tu grande villanía...»* (60).

También en Valladolid, a la vera del Pisuerga, se siente la queja de una mujer, la reina Doña Blanca, esposa abandonada por don Pedro el Cruel, encaprichado por la bella doña María Padilla:

(57) QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: *Silvas y Canciones*; en *Poesías*.—Ed. Clásicos Ebro.—Zaragoza, 1964, pág. 85.

(58) ZORRILLA, José: *Recuerdo de Valladolid*; en *Tesoro Poético Español del siglo XIX*, pág. 366.

(59) SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, Nicomedes: *Al Pisuerga helado*; en *Panorama Poético Español*, pág. 522.

(60) ANONIMO: «*Ya le sacan al portillo*»; en *Tesoro de los Romanceros*, por E. Ochoa, pág. 226.

*«Caseme en Valladolid
con don Pedro, rey de España;
el semblante tiene hermoso,
los hechos de tigre hircana» (61).*

Parece como si la ciudad del Conde Ansúrez no tuviera que contar más tragedias al vecino Duero.

Esta ciudad hubiera sido buen precio o buen lote en el cambio con Zamora. La avenencia hubiera evitado el asesinato a traición del rey don Sancho ante los muros de Zamora. Pero su hermana doña Urraca no podía mostrarse tolerante, conociendo la suerte que había corrido su hermana doña Elvira en el asunto del Toro.

Diversos romances nos muestran en esta ocasión al Cid mensajero de paz ante doña Urraca, que algunos presentan secretamente enamorada del héroe. Sea lo que fuere, se intentó la unidad por una negociación. Entra entonces en juego Valladolid, como aparece por siguientes versos:

*«...y a doña Urraca mi hermana,
decid que me dé esa villa
por gran haber o gran cambio,
como a ella mejor sería.
A Medina de Rioseco
yo por ella le daría,
con todo el infantazgo,
y también le prometía
a Villalpando y su tierra,
a Valladolid la rica,
o a Tiedra que es buen castillo,
y juramente le haría...» (62).*

La fama de Valladolid, como ciudad rica, perdura. Una canciocilla nos habla de sus bizcochos, que pueden hacer la competencia a Mon-

(61) ANONIMO: *«Doña Blanca está en Sidonia»*; en Tesoro de los Romaneros, por E. Ochoa, pág. 219.

(62) ANONIMO: *«Legado es el rey don Sancho»*; en Tesoro de los Romaneros, por E. Ochoa, pág. 147.

forte (63). Cuando en «El esclavo del demonio», de Mira de Amescua, se presenta Lucifer a Don Gil (después el dominico Beato Gil de Santarem) y le propone cuanto le puede ofrecer a cambio de su alma, se repite la misma idea de la riqueza de la ciudad del Pisuerga:

*«De Valladolid la rica,
las salidas, porque agradan
diversamente a lo lejos,
prados, campos, montes,aguas»* (64).

La amenidad de sus huertas es proverbial. Los mensajeros del Cid, que llegan a ofrecer presentes al rey por las conquistas en el reino de Valencia, pasan el Duero con doscientos caballos, sus frenos, sus sillas y sus espadas, provocando la envidia de los nobles, los mismos que habían conseguido su destierro (65).

El Pisuerga se apresura hacia Simancas, que, en palabras de Patricio de la Escosura (66), «sus muros ostenta, burlando la señal del fiero huracán».

11. DE TORDESILLAS A TORO

La vida a orillas del Duero se hace a cada paso más intensa y trascendente. El casi niño en tierras de Soria, hecho joven guerrero en las de Gormaz y con hombría en los Campos Góticos, es heredero de proezas. Su andar es incansable en este tramo, en que palmo a palmo todo es un tejido de intrigas, batallas y grandezas.

Desde la vieja villa de «Otordesillas» hasta Toro hay en línea recta apenas cincuenta kilómetros. En ellos está el río turbio, como encorajinado Sus enojos van mezclados de sangre y de dulces suspiros.

Entre los romances de la serie «sobre los condes de Fernán González y García Fernández» encontramos una anónimo, paralelo en contenido

(63) ROCA TOGORES, Mariano: *Recuerdos de Salamanca*; en Tesoro Poético del siglo XIX, pág. 110.

(64) MIRA DE AMESCUA, Antonio: *El Esclavo del Demonio*, jornada 3.ª; en Piezas Maestras del Teatro Teológico Español.—Ed. BAC.—Madrid, 1946, tomo II, pág. 119.

(65) ANÓNIMO: *Poema de Mio Cid*, por R. Menéndez Pidal (1826-1865), página 205.

(66) ESCOSURA, Patricio de la: *El bulto vestido de negro capuz*; en Las mil mejores poesías de la lengua castellana, pág. 277.

al citado ofreciendo a Valladolid a cambio de la ciudad de Zamora. El rey de León deseaba tender una celada al primer Conde Castilla, Fernán González, y le suplicó la asistencia a las Cortes de León. El la rechazó, aunque por su presencia le ofreciese Palenzuela, Palencia, Carrión, Torquemada, Tordesillas y la Torre de Lobatón (67).

La «Crónica de Don Alvaro de Luna» afirma que al recibir el nombramiento de Condestable de Castilla «ordenó allí, en Otordesillas, muchas fiestas e muy ricas justas e otros entremeses, en los cuales el rey e toda su corte ovieron mucho placer e alegría» (68). La misma crónica nos da noticia de que Alvaro de Luna «fue muy inventivo e mucho dado a fallar invenciones e sacar entremeses en fiestas o en justas o en guerra, en las cuales invenciones muy agudamente significaba lo que quería». Se nos muestra aquí a las letras influyendo, por medio del teatro, en la vida política de Castilla y León, puesto que aquellos entremeses y composiciones literarias tenían su intención y significado. La corriente literaria procedía en lo teatral del reino de Aragón, y mediante él, del mediodía de Francia.

Terminó Alvaro de Luna en el cadalso, como ya indicamos arriba, en la entonces villa de Valladolid. Jorge Manrique pudo entonces escribir en sus famosas coplas con intencionada verdad histórica:

*«¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue detanto galán,
qué de tanta invención
que trujeron?» (69).*

Tordesillas sigue siendo clave desde sus riberas del Duero. Allí se hizo el Tratado, que lleva su nombre, para el reparto de las tierras del Nuevo Mundo, descubierto o por descubrir, ya que la partición ideada por Alejandro VI no había sido aceptada por los portugueses.

(67) ANONIMO: «Buen Conde Fernán González»; Tesoro de los Romances, por E. Ochoa, pág. 120.

(68) LAZARO CARRETER, Fernando: *Teatro Medieval*; Ed. Castalia.— Madrid, 1965, pág. 52.

(69) MANRIQUE, Jorge: *A la muerte de... su padre*; en *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*, pág. 40.

La reina Doña Juana, loca por herencia de sangre y por celos, fue recluida en el monasterio de Santa Clara, de Tordesillas, y, muchos años después, también Catalina Blomberg, madre de Don Juan de Austria. Aquella alemana fácil de Regensburg —la Ratisbona de las lenguas románicas— seguía dando escándalos por el mundo, con vergüenza y baldón para su hijo.

A orillas del Duero tuvieron los comuneros su campo de acción en su revuelta contra la desacertada actuación política del joven rey Carlos I de España, que por aquellos meses se encontraba recibiendo la dignidad de Emperador de Alemania. Tordesillas fue uno de los focos principales de la revuelta. Fueron derrotados definitivamente en Villalar. Desde aquellos años reina en la villa la paz, con ecos de las glorias del siglo más fecundo para nuestra grandeza.

De Tordesillas y su tierra vamos ahora a la ciudad de Toro, que en versos de Unamuno.

*«...erguido en atalaya,
sus leyes no más recuerdo,
hace con tus aguas vino» (70).*

Es de picaresca, pero es lo cierto, que a Toro se le conoce más por su vino que por su hermosa colegiata románico-bizantina o por la batalla en que se decidió autoridad a la Reina Católica en Castilla y en León.

El Arcipreste de Hita, en su «Libro de Buen Amor», en el capítulo que trata «De cómo trotaconventos aconsejo al Arcipreste que amase alguna monja e de lo que aconteció con ella», entre otras razones que justifican el consejo, nos da la de la buena cocina y manjares monjiles, añadiendo los versos siguientes:

*«E aun ál vos diré de cuanto by aprendi:
do han vino de Toro no beben valadi;
desque me parti dellas, tod'este vicio perdy» (71).*

La palabra vicio no tiene aquí otro significado que el de regalo y satisfacción del paladar.

(70) UNAMUNO, Miguel de: *Durium-Duero-Douro*; en Antología, pág. 132.

(71) ARCIPRESTE DE HITA: *Libro de Buen amor*, pág. 132.

Un antiguo proverbio nos asegura que «En Toro, Ulloas y vino», expresando la abundancia en esos apellidos y en sus famosos caldos.

En 1505, un año después de la muerte de Isabel la Católica, se reúnen las Cortes en la ciudad para confirmar las llamadas «Leyes», que no eran apenas otra cosa que las disposiciones póstumas de la reina.

Del mismo vino habla con elogio Luis de Góngora en una canción de arte menor, que, graciosa y picaresca, tiene por primer verso «No vayas, Gil, al sotillo».

*«De aquel vino celebrado
de Toro, no has de beber,
por no dar en qué entender
al uno y otro corrillo» (72).*

No sabemos por qué razón se ha apartado el Duero de su antiguo hermoso puente de veintinueve arcos, hoy medio en ruinas. Parece como si un día, después de varios intentos, hubiera logrado conseguir lo que el Manzanares suplica por boca de un poeta de los regidores de la villa de Madrid:

*«Quíteme aquesta puente, que me mata,
señores regidores de la villa;
miren que me ha quebrado una costilla;
que, aunque me viene grande, me maltrata» (73).*

En el Duero no cabe esta justificación, pero... ¡es este un río de tantos secretos y misterios!

Río abajo, a siete kilómetros, nos encontramos con los lugares que llevan por nombre Peleagonzalo y Pago de las Contiendas, parajes donde se decidió por las armas la legitimidad de Isabel la Católica sobre la Beltraneja en 1 de marzo de 1476, al ser vencidos los partidarios de ésta, ayudados por los portugueses con su rey en persona. ñas, y Puente. Se encuentran deshabitadas, hechas para el sosiego. Des-

(72) GONGORA, Luis de: «No vayas, Gil, al sotillo»; en Antología.—Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1966, pág. 140.

(73) LOPE DE VEGA, Félix: *Laméntase Manzanares de tener tan gran puente*; en Poesías líricas.—Ed. Bergua.—Madrid, 1935, tomo III, pág. 106.

El Duero se ha cansado de contiendas y descansa entre islitas que forma él mismo con sus arenas; tienen por nombre Busianos, Chapparras, Santa Cristina, Las Pallas, Mielgo, Lolacha, Calamita, Las Aceñas, y Puente. Se encuentran deshabitadas, hechas por el sosiego. Desaparecen en las grandes avenidas. Los veinte kilómetros de reposo le permiten llegar a Zamora recuperado, a tomar parte en largas y enconadas contiendas.

12. EL DUERO EN ZAMORA

Con el río venimos desde Tierras de Campos para acercarnos a las Tierras del Pan y Tierra del Vino. Ramón Pérez de Ayala hace el recorrido inverso en su composición poética «Castilla», que comienza:

*«Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Palencia,
que llaman tierra de Campos lo que son campos de tierra» (73).*

Nosotros nos vamos a quedar cerquita de la ciudad de Zamora, para contemplarla en altozano amurallado, que nos trae a la memoria el dicho de que «no se ganó Zamora en una hora».

Creo que buena parte de los romances dedicados a Bernardo del Carpio se hallan ubicados en tierra de Zamora, aunque no siempre se encuentran textos explícitos que lo comprueben. Así, por ejemplo, los versos que a continuación transcribimos, del que comienza «No cesando en Casto Alfonso»:

*«El rey Alfonso otrosí
con los otros fuera a dar
cerca del río Duero,
allí fueron a lidiar:
tan bien se hubo el rey con ellos.
tanto se fuera a esforzar,
que mató doce mil moros,*

(74) PEREZ DE AYALA, Ramón: *Castilla*; en *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*, pág. 584.

*y fue tal la mortandad,
que los pocos que escaparon
llevaron bien que contar,
y muy rico y muy honrado
el rey se fue a tornar
a su ciudad de Oviedo,
donde fuera a descansar» (75).*

Se haría interminable la enumeración de romances en que se cantan las hazañas en torno a Zamora. Solamente en el siglo pasado, hace ya noventa años, pudo publicar Cesáreo Fernández Duro su «Romancero de Zamora» en que reunió no menos de ochenta y tres, casi todos con el tema genérico de «El cerco de Zamora» (76). No podemos, sin embargo, dejar de aludir a este tema tan fecundo en la historia y en su expresión poética.

El rey don Fernando, a su muerte, dividió su reino, dejando a cada hijo una parte de él. Bien pronto don Sancho comenzó a realizar el plan de la reunificación. Su hermano don García fue puesto en prisión, Alfonso —«de la mano horadada»— huyó a Toledo donde encontró generosa hospitalidad y doña Elvira quedaba desposada de la ciudad de Toro. Le llegó el turno a doña Urraca, que había recibido la ciudad de Zamora. Cayó en manos de los castellanos a pesar de la muerte, a traición, del propio rey don Sancho. Lo que no se llegó a reunir, y dio lugar a la malhadada división permanente en la península, fue lo que sería el germen del reino de Portugal.

Tanto los romances como la Crónica de Alfonso el Sabio nos presentan a doña Urraca, tenaz en la defensa de Zamora, apoyada decididamente por los zamoranos. Un romance nos la presenta llegando al lecho de su padre, el rey don Fernando. Le pide no ser preterida; de lo contrario es capaz de llegar a la prostitución «a los moros por dinero y a los cristianos por gracia». Duras palabras que indican su firme voluntad. El rey reflexiona y, en expresión del romance, exclama:

*«Un rincón se me alvidaba,
Zamora había por nombre,*

(75) ANONIMO: «No cesando el rey Alfonso»; en Tesoro de los Romances, por E. Ochoa, pág. 62.

*Zamora la bien cercada,
de una parte la cerca el Duero,
de otra Peña Tajada,
del otro la morería,
una cosa muy preciada;
quien os la tomare, hija,
la mi maldición le valga.
Todos dicen amén, amén,
sino don Sancho que calla» (77).*

Sigue el mensaje del Cid a doña Urraca, con quien se había educado. Fue muy bien acogido por ella. Alguien asegura que estaba secretamente enamorada de él. La embajada no tiene el efecto apetecido de obtener la ciudad «por haber (precio) o por cambio». Los zamoranos se oponen abiertamente, por la experiencia que tienen de la conducta de don Sancho con sus otros hermanos. Comienza el cerco con la bien conocida muerte del rey por el traidor Vellido Dolfos, en el momento en que se había retirado a liberarse de una necesidad, junto a la ermita de Santiago.

El sitio de Zamora dio lugar a lances caballerescos como el que nos presenta a dos zamoranos cabalgando río arriba, desafiando a que salgan otros dos, o que salgan tres, o cuatro o cinco o más, pues todos serán vencidos.

*«Salga si quiere el diablo,
con tal que no salga el Cid,
ni ese noble rey don Sancho,
que le habemos por Señor,
y el Cid nos ha por hermanos» (78).*

El Duero es cantado, a su paso por Zamora, no sólo en la antigüedad, en los romances épicos. Los poetas de hoy han vuelto a contemplarlo líricamente, como Mauricio Bacarisse en su composición «La

(76) FERNANDEZ DURO, Cesáreo: *Romancero de Zamora*.—Madrid, 1880.

(77) ANONIMO: «*Morirvos queredes, padre*»; en *Tesoro de los Romances*, por E. Ochoa.

(78) ANONIMO: «*Riberas del Duero arriba*»; en *Tesoro de los Romances*, por E. Ochoa, pág. 150.

luna de Zamora», que termina dos de sus cuatro estrofas con la observación de que

*«Por el Duero enamorado
va la luna de Zamora»*

Otra concluye así:

*«Besa al río enamorado
la madrina de Zamora» (79).*

Gerardo Diego habla en su «Romance del Duero» de la «eterna estrofa de agua», después de haber señalado la soledad del río, al que nadie baja. Y prosigue:

*«Tú, viejo Duero, sonries
entre tus brisas de plata,
moliendo con tus romances
las cosechas mal logradas.
Y entre los santos de piedra
y los álamos de magia
pasas, llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras» (80).*

13. TIERRAS ENTRE EL ESLA Y EL TORMES

Quietamente caminando sigue su curso el río por tierras zamoranas. Se oye el dialecto sayagués, el que preferentemente utilizaban los autores de piezas teatrales anteriormente al siglo XVI para caricaturizar las rusticidad e incultura en los aldeanos (81). Las coplas de Mingo Revulgo son un ejemplo claro de ello. Tirso de Molina no desaprovecha el recurso utilizado por escritores anteriores y lo reaviva en su auto sa-

(79) BACARISSE, Mauricio: *La Luna de Zamora*; en *Poesía Contemporánea*, por G. Diego, pág. 251.

(80) DIEGO, Gerardo: *Romance del Duero*; en *Poesía Española Contemporánea*, pág. 380.

(81) LAZARO CARRETER, F.: *Teatro Medieval*. págs. 78-80.

cramental «El Colmenero divino, cuando la personificación del placer exclama.

*«Tanto os metéis en pretina,
que en el saco no cabés,
y se os rompe por el lado
el vestido sayagués» (82).*

Las tierras de Sayago forman el núcleo de las comprendidas entre el Esla y el Tormes, cruzadas por el Duero.

Junto con el Pisuerga, son el Esla y el Tormes los tres afluentes principales del Duero. El Pisuerga y el Esla tienen un curso de 282 y 280 kilómetros, respectivamente. El Tormes recorre 383 kilómetros antes de incorporarse al Duero. Por su importancia hidrográfica y poética no podemos prescindir de esbozar una pincelada sobre la comarca comprendida entre ambos ríos.

Del Esla y de su tierra se ha escrito poco digno de anotarse en poesía. Sólo encontramos alusión directa en el auto sacramental de Calderón titulado: «La devoción de la misa». En él habla «la secta» (léase mahometana), para jactarse de la influencia y poderío en la invasión árabe. Recuerda al Ángel que no olvide cómo todo fue arrasado, haciendo establos de los altares y mezquitas de las iglesias cristianas y que

*«...no hubo
desde el Guadalete al Esla
ese río que divide
las dos montañas soberbias
de León y de Castilla,
al impulso de mi diestra,
o ciudad que no se rinda,
o gente que no perezca» (83).*

(82) TIRSO DE MOLINA (Fray Juan Téllez): *El Colmenero divino*; en Teatro Teológico Español, tomo I, pág. 236.

(83) CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *La devoción de la Misa*; en Teatro Teológico Español, tomo I, pág. 722.

En esta comarca se debe también situar la actuación de Alfonso II el Casto en lucha contra los moros, ya que un romance nos habla de una batalla en tierras de Val-de-Mor, al parecer fronterizo con el Duero y Portugal.

Juan del Enzina, salmantino, que pudiera muy bien ser considerado el creador del Teatro Castellano, conocía bien la región por tener influencia en la actual provincia de Salamanca. También él domina y utiliza el dialecto sayagués. A la misma comarca se refieren sin duda los siguientes versos de Diego Torres de Villarroel, en un villancico:

*«Cantando llegó al portal
un gaitero de Zamora,
oyéndole los pastores
nuevamente se alborozan»* (84).

En esa gaita nos parece reconocer la influencia de las tierras del Esla, vecinas a Portugal, León y Galicia. No sólo se dejó sentir en aquella ciudad, sino también en Salamanca, cuya repoblación, en tiempos de Alfonso VI, fue hecha, entre otros, por leoneses, gallegos y toreses. A esta comarca se refiere Campoamor en «El tren expreso», al hablarnos del frío de aquella noche en el tren, en viaje con una francesita que le roba el corazón. El la arropa galantemente.

*«Y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verdes y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
le tapé aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa»* (85).

(84) TORRES DE VILLARROEL, Diego: *Villancico al nacimiento de Jesús*; en *Poetas líricos del siglo XVIII*. Ed. Clásicos Ebro. Zaragoza, 1962, pág. 66.

(85) CAMPOAMOR, Ramón: *El tren expreso*; en *Poesía*. Ed. Clásicos Ebro. Zaragoza, 1961, pág. 79.

¡Pena es que la cita no valga más poéticamente!

En Villalcampo confluyen el Esla y el Duero, en lo que ahora es un embalse. El paraje tiene luz y poesía, en espera del poeta que la sepa captar y proponer en versos y expresiones bellas.

Muchos más cantado que ningún otro afluente del Duero, lo es el río Tormes. Tanto ha sonado, que dos compositores de romances lo confundieron con Corpes, hablando del «robledal del Tormes» como lugar de la afrenta de las hijas del Cid (86).

Nace el Tormes en la fuente de Tormella, en el prado de Tormejón, a 1.488 metros de altitud, en el término de Navacerrada (Ávila). Sus primeras aguas proceden de los neveros de Gredos. La frescura de sus aguas sirvió a Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache (1573-1658), para un símil en que presentar y fustigar la nieve en el corazón de la amada, que no corresponde:

*«La cuna del Tormes
y sus nieves frías,
son con tus desdenes
una cosa misma» (87).*

Entra el Tormes en la provincia de Salamanca por el término de Tejado, partido judicial de Béjar, cuando lleva sesenta y ocho kilómetros de curso y casi tanta agua como en su desembocadura, más de trescientos después. Lope de Vega no busca la precisión geográfica cuando «Sentado en una peña», escribe:

*«Sierras de Béjar frías,
a donde el Tormes nace, y cuyo viento
con esperanzas mías
entretiene su fácil movimiento» (88).*

(86) ANONIMO: «Digádemes alevos condes». LORENZO DE SEPULVEDANA: «En las cortes de Toledo»; en Tesoro de los Romanceros, por E. Ochoa, págs. 193 y 194.

(87) BORJA, Francisco de (Príncipe de Esquilache): *Romancillo*; en Poesía del Amor Español, pág. 306.

(88) LOPE DE VEGA, F.: «Sentado sobre una peña»; en Poesía lírica, tomo II, pág. 254.

Para él crece el Tormes con las lágrimas del amante no correspondido (89), es un río bello, pero si está «ausente el duemo mío/ni lleva hierba el prado, ni agua el río» (90). En «El Jardín de Lope» se ataca irónica y violentamente a tanto novato intrépido que, recién salido de la Universidad, pretende ser árbitro en ciencia y poesía. Al parecer no es cosa sólo de hoy.

*«Aquí un perro famoso es la figura
más principal a quien ladrando atajan,
sin advertir en él descompostura,
mil intrépidos gozques, que trabajan
por inquietar su vida, con algunos
que a Manzanares desde el Tormes bajan»* (91).

Garcilaso de la Vega contempla al Tormes antes de llegar a Salamanca, en Alba de Tormes, solar de los Duques. El río llora allí con sus ninfas la muerte de don Bernardino de Toledo, hermano del duque, en su «Elegía primera» (92).

Las serranas del Tormes son para Meléndez Valdés muy hermosas, pero a todas gana en belleza su «Rosana en los fuegos»:

*«¡Ay qué envidias se encienden!
¡Ay qué de celos que causa
en las serranas del Tormes
su perfección sobrehumana»* (93).

Unas lavanderas a orillas del Tormes se cuentan sus cuitas amorosas mientras lavan en el río, según nos las presenta un romance festivo (94).

El tema del amor a orillas del Tormes, a su paso por Salamanca, es muy fecundo. Unamuno lo recoge como elemento tradicional que se encuentra en el ambiente:

(89) IB.: «*Cuándo cesarán las iras*»; en Poesía lírica, tomo II, pág. 306.

(90) IB.: «*En esta larga ausencia*»; en Poesía lírica, tomo II, pág. 283.

(91) IB.: *Jardín de Lope*; en Poesía lírica, tomo I, pág. 275.

(92) VEGA, Garcilaso de la : *Elegía primera*; en Poesía. Ed. Colección Ebro. Zaragoza, 1965, pág. 66.

(93) MELÉNDEZ VALDES, Juan: *Rosana en los fuegos*; en *Las mil mejores poesías*, pág. 218.

(94) ANONIMO: «*Marina, Francisca y Paula*»; en *Tesoro de los Romanos*, por E. Ochoa, pág. 532.

« ¡Oh Salamanca, entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes,
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos! » (95).

Unamuno, que ha cantado en la ciudad del Tormes a su patria chica, ha visto en ella sotos de torres, bosques de piedras, callejas cual surcos y el remanso de quietud donde el sosiego duerme. El Tormes es hoy —gracias al pantano de Santa Teresa— más que nunca espejo de la ciudad y sus puentes, de las catedrales y de la Peña Celestina, donde la tradición coloca el punto final trágico de la famosa Tragico-media de Calixto y Melibea. En el Puente Romano —«la puente» del Lazarillo del Tormes— está aún el toro de piedra donde el pequeño Lázaro comprendió, con el coscorrón que contra él le dio el ciego, que en la vida hay que andar listo y ser muy precavido: lección muy bien aprendida en aquella Salamanca, docta también en todo género de picardías.

Más abajo del Puente Romano, hay un arroyuelo cantarín, especialmente en la primavera, que hizo las delicias poéticas de los líricos de la escuela salmantina del siglo XVIII: es el poético Zurguén.

Para terminar estas breves citas, presentamos unos versos de E. Gutiérrez Abeló, que escribe sobre el reino de León y llega en su recorrido a Salamanca:

«Luego riza los mares de la lírica Elmantica
en las aguas del Tormes con sereno latir.
El cantar plateresco, potenziado en sus cruces,
petrifica el incienso de una ardiente ascensión» (96).

Con lento caminar visita el Tormes la antigua villa murada de Ledesma y es frontera cuarenta y seis kilómetros entre las provincias de Salamanca y Zamora hasta su incorporación al Duero.

(95) UNAMUNO, Miguel de: *Salamanca*; en *Antología*, pág. 23.

(96) GUTIERREZ ALBELO, Emeterio: *León*; en *Panorama Poético Español*, pág. 332.

14. EL ANDADOR FRONTERIZO

No es mía la expresión, sino del poeta Santos Torroella, al enumerar los ríos de la provincia de Salamanca:

*«Y allá a lo lejos el Duero,
andador más fronterizo,
otro mar que se nos va,
señor de nuestros caminos» (97).*

Baja el Duero haciendo frontera desde un poco más arriba de Muela del Pan, en la provincia de Zamora, de norte a sur, en pendiente cada vez más vertiginosa. Llega un momento a ser tan pronunciada, que hay que detenerle para que no se nos escape tan pronto. Lo más imponente de esa sima corresponde al tramo que va a Fermoselle, por los términos de Villarino, Pereña de la Ribera, Masueco, Aldeadávila de la Ribera, Mieza, Saucelle y de La Frejeneda, donde toma un paso más grave.

El paisaje es aquí hondo, agreste, salvaje. Sólo en algún que otro lugar está animado por olivares y viñedos que bajan en escaleras a percibir el aura del río. Es cuenca arropada, donde crece el madroño salvaje y embriagador, el olivo, la naranja y el limonero. Da la tónica el viñedo, con producción bien metida en tanino, y un grado alcohólico, que llega con facilidad a los dieciocho grados.

Miguel de Unamuno ha dado unas pinceladas intentando su descripción. Los conocedores de aquella zona pueden juzgar cuán lejos quedó de conseguir su objetivo en los versos siguientes:

*«Arribas de Fermoselle
por pingorotas berruecos,
temblando el Tormes acuesta
en tu cauce sus ensueños.
Code de Mieza que cuelga
a la sima de tu lecho;
escombrera de Laverde,*

(97) SANTOS TORROELLA, R.: *Salamanca (los ríos)*; en *Los Premios Boscan*, pág. 266.

(98) UNAMUNO, Miguel de: *Dudium-Duero-Douro*; en *Antología*, pág. 132.

*donde se escombraron rezos;
Frejeneda fronteriza,
con sus viñedos por fresnos» (98).*

En aquellas simas recibe aún el Duero afluentes que cita Torroella: «Un Agueda mayoral/se enfrena en ciudad Rodrigo./Díscolos Camaces, Yeltes,/Huebra roquizo» (99).

Al llegar aquí se ha bebido el Duero buena parte del agua de España. Ha venido cantando poemas y romances, primeramente pastoriles en tierras de Soria y después épicos en tierras de Gormaz, Valladolid y Zamora. Al tocar tierras de Salamanca se despedía hasta hace poco con un aullido bronco —el desplomarse de un león—, presintiendo su fin en el mar, que es el sepulcro de los ríos.

¡Qué sobrecogedor era hasta hace un lustro el asomarse a las arribes, como se dice en la Ribera! Bajaba en confusión, alocado, febricitante, atacado del «delirium tremens», en que suelen agonizar los gigantes. En las noches de invierno, escuchándole desde «el cañal», ¡qué imponente su pasar a dos o tres kilómetros de distancia! Producía vértigo y parecía que llamaba a no sé quien, como lo debió entender aquella alocada que se arrojó al «Pozo Airón» —pozo sin fondo— con la fotografía del amado, con quien no se le consentía desposarse.

Hay una ermita de gran devoción entre los ribeños —la Virgen del Castillo— cuya espadaña no puede reflejarse en el río. Por un lado está sobre un teso, y por el otro, da a una sima de más de trescientos metros. En la paz que la rodea se oye el bisbiseo fuerte, sólo interrumpido por los gritos de águilas y buitres y por el cantar de alguna alondra. Allá abajo va el río, turbio y sin pescado alguno hasta hace poco. Lo que abajo era el despeñarse de las fuertes ondas, arriba parecían rizos, el fleco de una discreta puntilla.

Por entre «picones» continúa hacia Masueco —de fuerte influencia episcopal en tiempos pasados—. Vienen después Aldeadávila y los restos de un convento de franciscanos de la estricta observancia, que allí edificaron su casa para honrar a una Santa Marina legendaria.

Haciendo frontera hasta La Frejeneda, parece que le cuesta salir de España. Modera aquí su paso y hace las últimas caricias húmedas

(99) SANTOS TORROELLA, R.: *Salamanca (los ríos)*; en *Los Premios Boscan*, pág. 266.

a la tierra que le ha dado todo lo que lleva. La nación hermana le recibe.

Al señalar al Duero andador fronterizo, habrá advertido el lector que hemos hablado en un cierto pasado. Si a él le cuesta salir de su patria, a España le cuesta también la despedida y lo retiene cuanto puede. Por eso le ha embriado y puesto dificultades a su curso.

Del acuerdo de Portugal y España han surgido los famosos saltos del Duero, que le quitan la impetuosidad de antes, lo remansan y hacen que nos deje el imborrable recuerdo de su vigor, transformando en luz y energía para nuestro cotidiano vivir.

Se ha hecho lo mismo con el Tormes en su Salto situado entre Alameda y Villarino. Hasta hace muy poco se encontraban el Tormes y el Duero en Ambas Aguas. Ambas —las del Duero y las del Tormes— seguían separadas largo trecho, aunque en el mismo cauce, constituyendo un fenómeno curioso. Ahora llegan las del río de Salamanca con más suavidad y se mezclan bien pronto con las del río principal después de haberse deslizado por un túnel de quince kilómetros. Por otra parte, las del Duero no son ya terrosas y ocres, sino que se han convertido en verde-azuladas. Son, al presente, las delicias de pescadores de enormes truchas y hasta de salmones.

Los que conocimos aquel viejo Duero sentimos nostalgia de un pasado tan próximo, de aquella cinta que iba por los abismos, de roca en roca, con vecindad de cabras y algún que otro pastor.

Yo ví al Duero una vez fuera de su cauce, entrando y saliendo de un túnel mientras se ejecutaba la obra del Salto de Aldeadávila. ¡Qué hosco, qué fiero salía de aquellos centenares de metros que le habían obligado a andar en la oscuridad, privado de la luz y sol de España! Ahora se remansa amable —suavidad de potencia al servicio del hombre— en contraste con la aspereza del paisaje, de aquella fayas y colargas únicas en nuestra patria.

15. EL DUERO SE MARCHA AL MAR

Lo despedimos con pena, resignados ante las leyes de la naturaleza, que si da la vida, no perdona en la muerte. Porque dejaría de ser río si se nos detuviera para siempre, si se quedara con nosotros. El río es símbolo de vida y de caducidad.

Desde que entra en Portugal es acometido de una tentación que siempre había resistido. Sin duda quiere retrasar su desaparición y prolongar al máximo su existencia. El Duero de los meandros portugueses ha humedecido las patas a los caballos de nuestros héroes. Acaso quiera, en su aflicción, ir olvidando tanta grandeza para enfrentarse con la realidad. Mucho antes de llegar a Oporto —el Portus-Callis, el Portugal de nuestros latinos— la marea que entra del Atlántico le conmueve las entrañas en un paisaje triste y caduco. Junto a una antigua fortaleza pierde su ser.

Un romance anónimo exhorta a Montesinos:

*«Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar»* (100).

Otro morisco nos asegura que tanto el Duero como el Tajo son sorbidos por «el mar de España» (101).

Unamuno nos escribe de sus últimos momentos:

*«En el Foz Oporto sueña
con el Urbión altanero;
Soria en su sobremeseta
con la mar toda sendero»* (102).

Después de ésto ya no nos queda del glorioso río más que el recuerdo, lo que de él nos han dejado dicho los poetas y lo que paso a paso hemos ido contando al turista, que con el espíritu nos ha hecho la cortesía de acompañarnos y escucharnos.

(100) ANONIMO: «*Cata Francia Montesinos*»; en *Tesoro de los Romanceros*, por E. Ochoa, pág. 31.

(101) ANONIMO: «*Fátima y Abindarráez*»; en *Tesoro de los Romanceros*, por E. Ochoa, pág. 413.

(102) UNAMUNO, Miguel de: *Durium-Duero-Douro*; en *Antología*, pág. 132.

R E S U M E

J. SALVADOR Y CONDE: *La route touristique du Duero dans la poésie espagnole.*

Avec une introduction sur les concepts *fleuve et vie*, l'auteur nous prépare pour la compréhension de la poésie du Duero, le fleuve avec plus de transcendance dans l'histoire des anciens royaumes de Léon et Castille, et même de la nation espagnole. Le Duero a été clef dans la forge de la «Reconquista» et de la langue castillane.

Parce que le fleuve est quelque chose de vivant, il est ici étudié comme tel, depuis sa source jusqu'à sa mort dans l'océan, après avoir pénétré poétiquement dans son adolescence et sa maturité. Il est, sans aucun doute, un des fleuves plus poétiques de l'Espagne. Dans ses rivages se sont produits les plus glorieux faits héroïques et les plus tendres idylles.

Le Duero parcourt la plupart de la Péninsule Ibérique et l'auteur l'accompagne, en répétant de belles strophes épiques, de très jolis concepts lyriques et des observations et suggestions sur les paysages de campagnes, villes et cités, qui sont aujourd'hui des précieux fleurons du tourisme espagnol. Pour l'obtenir, il a réalisé une étude profonde, qui comprend depuis le Poème du Mio Cid jusqu'aux dernières productions poétiques de nos jours.

S U M M A R Y

J. SALVADOR Y CONDE: *The touristic route of the Duero in the spanish poetry.*

By means of an introduction on the ideas of *river and life* the author prepares us to understand the poetry of the Duero river, preeminent among the rivers concerning the History of the old kingdoms of León and Castile and even of the spanish nation. The Duero has been the keystone of the Reconquest and the spanish language.

Because the river is something alive it is studied here as such, starting from its spring up to its death in the ocean after a wealthy long run. One of the rivers which banks have been the scenery of glorious deeds and tender idyls.

The Duero runs through the largest part of the Iberian Peninsula and the author goes by reciting beautiful epical stanzas, fair lirical concepts and fit comments on the landscape of country, towns and cities which nowadays are wonderful gems of spanish tourism. In this order the author has achieved a deep study which embraces from the Poem of Mio Cid to the last poetical productions of our time.

Z U S A M M E N F A S S U N G

J. SALVADOR Y CONDE: *Der touristische Weg in der spanischen Dichtung.*

Der Verfasser bereitet uns auf das Verständnis der Dichtung des Dueros mit einer Einführung über die Begriffe von *Fluss und Leben* vor. Der Duero ist der Fluss, der die meiste Bedeutung in der Geschichte der alten Königreichen von Leon und Kastilien, und sogar, der ganzen spanischen Nation, hat. Der Duero ist ein Schlüssel in dem Schmiedeisen der Maurenvertreibung und der kastilischen Sprache gewesen.

Da dieser Fluss etwas Lebendiges ist, wird er hier als solches studiert, von seiner Geburt an bis zu seinem Tode in dem Ozean, nach dem er in seiner

Jugend und in seiner Reife dichterisch eingedrungen ist. Zweifellos ist er einer der dichterischen Flüsse in Spanien. An seinem Ufer fanden epische glorreiche Heldentaten und zärtlichere Idyllen statt.

Der Duero läuft durch den meisten Teil der iberischen Halbinsel. Der Verfasser begleitet ihn mit, wiederholend schönen epischen Strophen, kostbaren literarischen Begriffen und treffenden Bemerkungen und Anregungen über Felderlandschaften, Dörfer und Städte, die heutzutage geschätzte Anreize in dem spanischen Fremdenverkehr sind. Um dieses zu erreichen, hat er ein tiefgehendes Studium, das mit dem Cid anfängt, und die letzte dichterischen Leistungen der Gegenwart umschließt, gemacht.